

que aquéllos nunca creen que hacen lo bastante; y cuando llegan á la vejez, como la Madre de Chantal, después de una vida admirable, se dan golpes de pecho, y declaran llorando que si volviesen á empezar obrarían de otro modo.

Una religiosa de este temple era imposible que tolerase la infracción de las reglas, ni los abusos que deshonraban entonces á tantas Ordenes religiosas. Antes de aceptar semejante situación quería que hiciesen todo género de sacrificios. «Oh, hijas mías—decía,— ¡cuánto celo debéis tener para impedir esta desgracia! Sobre todo, vosotras que tenéis la honra de ser hijas de este monasterio de Annecy, y las que vengan después de vosotras, seréis Madres de las demás, porque, en fin, habéis sido las primeras que habéis recibido las primicias del espíritu. De suerte que si alguna de nuestras casas se relajase, aun cuando estuviese en el extremo del mundo, sería preciso que no solamente la Superiora de aquí, porque es poca cosa una criatura, sino también el capítulo y la Comunidad entera, escribiesen al Obispo de la diócesis y al monasterio de Annecy; y si esto no bastase, sería menester recurrir al Nuncio apostólico, y aun á Su Santidad mismo, sin dejar nada por hacer, aun cuando hubiera necesidad de vender el cáliz de la iglesia, si fuese preciso (1). ¡Ay! es menester dejarse crucificar por la conservación del Instituto.»

Lo que la Madre de Chantal recomendaba á sus Hijas con tanta elocuencia, se lo vamos á ver practicar de un modo admirable. Ni fatigas, ni gastos, ni viajes le costarán ni parecerán nada cuando se trate de impedir abusos, y desarraigarlos si han aparecido. Permítanos citar dos ó tres ejemplos que son de esta misma época, y que muestran en toda su belleza el carácter de la Santa, su vigilancia, su celo, su firmeza á un

(1) *Capítulos*, pág. 112.

tiempo dulce y prudente, pero inflexible cuando se trataba de salvar los intereses de Dios y de las almas.

Una de las reglas más hermosas y sabias de la Visitación manda que después de seis años, á lo más, de superioridad, las Madres cesen en su cargo, á fin de que después de haber mandado aprendan de nuevo á obedecer. Pero tal era algunas veces la paz de una comunidad bajo el gobierno bendito de la Madre de Chatel ó de la Madre de Blonay, que cuando llegaba el momento de dejar el cargo, después de seis años de superioridad, las Hermanas no podían resignarse á cumplir con esta ley. Esto es lo que acababa de suceder en Grenoble, donde la Madre de Chatel, que había sido ya seis años Superiora, fué unánimemente reelegida sin atender á sus ruegos ni á sus lágrimas. Apenas la Madre de Chantal supo esta noticia, escribió una carta elocuentísima á las Hermanas de Grenoble para recordarles las intenciones de San Francisco de Sales, declarándoles que su elección era nula y que por lo tanto debían hacerla de nuevo. En vano las primeras Madres de la Visitación, reunidas entonces en Annecy con motivo de la junta de que hemos hablado al principio de este capítulo, rogaron á la Santa hiciese una excepción en favor de la Madre de Chatel; porque protestó que nada sería capaz de hacerle consentir en ello. Preveía con su grande y sólido talento, que lo que esta vez se concediese á la virtud, sería quizá solicitado por ambición; y queriendo cortar de raíz un daño tan peligroso, exigió que la elección de las Hermanas de Grenoble fuese declarada pública y solemnemente, en junta reunida al efecto, nula, contraria á las reglas del Instituto, y opuesta á las intenciones más formales de San Francisco de Sales. Además encargó á las primeras Madres que volvían de Francia, que dando un rodeo en su viaje, fueran á echarse á los pies del Obispo de Grenoble, y le rogasen que anulase la elección. No habiendo dado este paso el



resultado apeteído, la Santa, decidida á que se respetasen las reglas, marchó al instante á Grenoble. A su llegada encontró agitados los ánimos, y grandes maquinaciones preparadas por los parientes de las Hermanas, con el fin de mantener la elección. Pero hay en los Santos una gracia de persuasión, que no se conoce sino cuando se ha experimentado. En cuanto se presentó la Madre de Chantal todo se calmó. El mismo Obispo, que se había resistido á otras muchas personas, quedó tan encantado de la modestia y humildad de la Santa, que se rindió á la primera observación que le hizo. Díjola, «que nunca había pensado en abrir brecha en el Instituto, por lo que, si ella creía que la elección había de ser perjudicial á éste, tenía derecho para anularla como Madre universal. La Santa respondió «que ella no tenía ninguna autoridad, pero que rogaba á su ilustrísima, como Superior del monasterio, mandara que se hiciese nueva elección.» Lo que ordenó al momento el Señor Obispo.

Por lo demás, en estas circunstancias, la humildad de la Madre de Chatel no fué menos admirable que la firmeza de la Madre de Chantal. Asistió á la junta que invalidó su elección, y habló más alto y con más viveza que todas las Hermanas en favor de la entera observancia de las reglas; fué con las primeras Madres á echarse á los piés del Obispo de Grenoble, y las lágrimas que no cesó de verter mientras no se anuló la elección por aquél, mostraron lo mucho que amaba las reglas de la Visitación (1).

Un abuso de otra especie que se cometió en esta misma época en Moulins, fué reprimido por la Madre de Chantal con no menos energía y feliz éxito.

Ya recordará el lector aquellos diez mil francos

(1) *Fundación inédita de Grenoble*, pág. 97.—*Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 195.—*Vida de las primeras Madres de la Visitación*, tomo I.

dados por la señora de Tertre de Morville al monasterio de Nevers, reclamados por la misma después, y devueltos por la Madre de Monthouz con tan heroica abnegación. Dicha señora había entrado, por fin, en la Visitación de Moulins, había tomado el hábito y aun hecho sus votos, pero sin comprender lo que era la vida religiosa. Mundana bajo un hábito monástico, hacía pagar cruelmente al monasterio de Moulins las cuarenta mil libras que le había traído en dote. No contenta con haber cubierto con preciosa tapicería las paredes y el suelo de su celda, y haberla llenado de objetos de vanidad y de lujo, pasaba sus días en continuas conversaciones con personas seglares, y como el convento no estaba aun claustrado, convertía en locutorios las calles del jardín. Además, sorprendiendo la buena fe del Obispo de Autun, había conseguido para siete ú ocho de sus amigas licencia para entrar en el monasterio cuando quisiesen. ¿Qué iba á ser de la paz, del silencio, de la regularidad, esos huéspedes benditos de las casas religiosas? La Madre de Chastelluz rehusó abrir para este fin las puertas de la Visitación, por lo que la señora de Morville se encolerizó tanto contra ella, que la desacreditó con el Obispo, y la calumnió en el locutorio en presencia de los seglares; de suerte que el convento de Moulins, el tercero de la Orden, parecía un edificio ruinoso.

Júzguese del sentimiento de la Madre de Chantal al saber estas noticias. Al momento escribió al Obispo de Autun, rogándole que hiciera cesar el mal con su autoridad. «Y si para volver la paz al convento — decía — no se necesita más que entregar su dinero á nuestra buena Hermana la Fundadora para que viva en otra parte, ciertamente nos alegraremos, porque más queremos vivir pobremente observando nuestras reglas, que abundar en riquezas y vernos contrariadas y sin libertad para practicarlas.»



En seguida escribió carta sobre carta á la Madre de Chastelluz, quien, muy joven aún, y Superiora hacía un año solamente, inauguraba con tan terrible prueba la serie de gobiernos en varios monasterios, que debían hacer su nombre tan célebre en la Visitación. La Santa la sostiene, la anima, la dirige, y la inspira oportunamente la paciencia y la energía. «¡Oh, Hija mía muy querida! ¡Cuánto debéis estimar la situación en que os halláis! Aunque todo el mundo se levantara én contra vuestra, debéis manteneros firme en Dios y no perder un ápice de vuestra paz y conformidad con su voluntad divina. Tened valor y confianza; tras de esta tempestad vendrá la calma.» Y más adelante: «En verdad, querida Hija mía, somos demasiado buenas é indulgentes. Nuestro Santo Fundador decía muy bien que era menester sufrir las debilidades del prójimo, pero la malicia, el escándalo, el desorden de un monasterio ¡oh Dios mío! nunca dijo que se debieran aguantar. Esa pobre criatura vive á su modo, quiere ser servida, estar alojada como le parece, vestirse á su gusto y sin regularidad, no estar sujeta á nada y dominar. Si con todo esto el prójimo no se escandalizase, aún lo toleraríamos; pero me parece que estamos en el caso de hacerle entender con seriedad, que en conciencia no se pueden tolerar semejantes desórdenes. ¡Ay! esto nos enseña que debemos ser más avisadas en adelante.»

Y en otra carta: «Me es imposible ir á ayudaros á llevar vuestra cruz; pero ¡Dios mío, cuán pesada es! Enviadnos esa criatura que tanto ejercita vuestra paciencia, y nada respondáis á sus injuriosas palabras. Yo soy muy gustosa de que el querido Annecy haga este servicio á los demás monasterios en sus tribulaciones. ¡Dios mío, cuán terribles nos las ha proporcionado esa mujer! No le manifestéis desconfianza, amargura ni acritud por sus injuriosas palabras. ¡Ay, Hija mía! nunca son los hijos y amigos de Dios más grandes y

más honrados en su presencia que cuando el mundo los desprecia.»

Al mismo tiempo que alentaba de este modo á la Madre de Chastelluz, nada descuidaba la Madre de Chantal para despertar, si era posible, en la señora de Morville el sentimiento de su deber. Varias cartas muy apremiantes no dieron resultado alguno, y habiendo la fundadora despreciado públicamente las reglas, le escribió la Santa de nuevo: «Mi muy querida Hija: pues que habéis hecho ver á las Hermanas vuestras imperfecciones y miserias, no puedo ya callar y dejar de quejarme de vuestros desórdenes escandalosos en la casa. ¡Salvador mío amadísimo! permitidme que, penetrada de acerbo dolor, os dé como á mi Dios esta queja amorosa. ¿Cómo habéis permitido que haya sido admitida á la felicidad de tan santa vocación una criatura tan indigna de esta gracia? Si es por mis pecados y mis imprudencias, ¡ay Señor mío! heridme á mí, y conservad estas pobres queridas casas en paz y santa unión, porque ya sabéis que nada me es tan doloroso como el mal que las affige. Mi muy querida Hija, yo quisiera lavar con mi sangre las llagas de vuestra alma y las que hacéis á esa casa; á lo menos que la abundancia de mis lágrimas pueda algo con vos, porque no puedo impedir el que mi corazón se deshaga al oír la relación de vuestra miseria. La dureza é inmortificación de vuestro corazón os han puesto en ese laberinto, y pienso en nuestra demasiada dulzura, que no ha sido sino con la esperanza de que, siendo vos cristiana, se os podría ganar por este medio; pero veo bien que esta felonía debe ser castigada. Creed que si yo estuviera á vuestro lado, me parece que, mediante la gracia de Dios, haría que os sometieseis, y no os dejaría sobreponeros como lo hacéis.»

Y algunos días después: «¡Dios mío, mi querida Hija, cuánto amor propio tenéis! ¡Cuánto estimáis vuestro